



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

MIÉRCOLES 1.º DE NOVIEMBRE DE 1871.

NÚM. 88.

ADVERTENCIA.

Rogamos encarecidamente á nuestros suscritores del extranjero se sirvan renovar oportunamente sus suscripciones vencidas en Octubre próximo pasado, si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números.

LA LUZ.

En el presupuesto del clero hay asignada la cantidad de dos millones próximamente para el sostenimiento de doscientos ochenta y ocho conventos de religiosas. ¡Doscientos ochenta y ocho conventos de religiosas en un país en el último tercio del siglo XIX! Esto se presta á algunas consideraciones.

¿Qué es un convento? Un convento no es mas que un lugar de axfisia, física y moralmente hablando. En él no se ven mas que rostros pálidos, labios blancos, y almas pálidas también. Es una region de sombras donde hay sentimientos comprimidos, pasiones sofocadas, corazones que todavía laten algo, pero á quienes se les pone la mano encima y se les comprime para que sus pulsaciones no se sientan. Es un pequeño infierno donde se sufre mucho, muchísimo, porque por mas que se haga es imposible reducir al silencio, al anonadamiento, á la muerte, á la vida que estalla por todas partes en nuestra organizacion, á los deseos legítimos que gritan pidiendo satisfaccion. Un convento es un pantano. Allí está la descomposicion, la fetidez, la muerte. Es un cementerio de vivos. Unas pobres vírgenes se consumen estérilmente en una contemplacion absurda. Para llegar al cielo han creído necesario pasar por una cárcel. Han creído que por un poco de aire menos, y por la falta de algunos rayos de sol iban á obtener la vida futura. Se les ha dicho, «vida por vida» como Jehová decía á los antiguos «diente por diente» y lo han creído. Han dicho «ahí van mis fuerzas, mi salud, mi robustez, mi porvenir en holocausto. Se han sentado en un valle de tinieblas y han exclamado, tendiendo una mirada suprema al sitio en que parecían mas espesas: «Por allí está la salva-

cion.» Han vuelto la espalda al sol y han surrado con alegría profunda: «Ahora sí que me salvo.»

Esto se refiere, como puede comprender el piadoso lector, únicamente al ideal—convento, al ideal—reclusion. Que en la práctica ¡de cuántos horrores no es capaz ese monumento negro siempre cerrado, siempre sombrío, que parece que mira con tético ceño á las casas llenas de vida que tiene enfrente! ¡Cuántas maldiciones silenciosas no han escuchado sus bóvedas y sus claustros! ¡Qué de historias lúgubres no han pasado allí! ¡Cuántas almas destrozadas que hubieran podido volver á la vida y á Dios viviendo en el mundo, no han acabado de espirar allí heladas con el hielo de aquellas celdas, aplastadas bajo el peso de aquellas piedras mudas, y apretadas unas contra otras como los dientes de un cadáver! ¿Y los *in pace*?

Hay derecho para reunirse, para encerrarse, para meterse entre cuatro paredes y hacer dimision del aire, del sol, de la parte de felicidad física que el Creador concede á toda criatura al ponerla en medio de los agentes naturales. Enhorabuena. Respetémoslo todo en nombre de la libertad; todo, hasta las estravagancias de los locos. Pero ¿los principios que engendrara el monaquismo, viven? Han muerto hace muchísimos años. El mundo romano perdido en la licencia, se consumía en el altar de sus propios placeres. La historia no es mas que una serie incesante de revoluciones y de reacciones. Cristo sustituyó el espíritu á la materia, la idea al goce. Pero luego vinieron algunas imaginaciones febriles, algunos entusiastas de buena fé, algunos locos admirables, y llevaron la protesta mas allá de lo que la había llevado el Maestro. Cayeron en la exajeracion y en la falsedad, pero cayeron lealmente. Hicieron de una fé un fanatismo y se fueron á la Tebaida, y allí erraron como bestias por los campos y por los bosques, solos, hambrientos, reducidos á la condicion del animal. El tormento del mundo antiguo habían sido los sentidos, ellos procuraron matarlos. El cuerpo había sido el ídolo del romano; ellos flajelaron y destrozaron su cuerpo. Los Flavios, los Octavios, los Julios habían sido el deleite del mundo antiguo; ellos huyeron de la mujer, la maldijeron como fuente de toda impureza, y renegaron como de un hermoso Satanás de la Eva eterna, que Dios ha puesto al lado de cada hombre.

Estas ideas llevaban en gérmen el convento, y el convento brotó. Una Tebaida cualquiera se encontró llena de solitarios, y entonces se unieron. El monje que no quería nada ni tenía nada, salió á pedir una limosna con la alforja al hombro. Dentro sonaban los ayes de los que se flajelaban. La carne había pecado tanto, que era preciso un castigo enérgico para devolverle la nobleza que había perdido.

¿Existen hoy estas causas? Continuaremos.

EL PRESUPUESTO DEL CLERO.

II.

Hechas algunas consideraciones sobre las instrucciones que el ministro de Gracia y Justicia Sr. Montero Rios se ha permitido, haciendo entrar al Estado en esferas que no le competían, digamos algo sobre el proyecto en general.

¿Es un adelanto en este orden de cosas? ¿Es un paso mas hácia la separacion completa de la Iglesia y del Estado? Creemos que sí, y bajo este punto de vista no hemos de negar un elogio al ministro que le suscribe. ¡Pero cuánto mas digno, cuánto mas patriótico, cuánto mas liberal hubiera sido haberse atrevido de una vez y haber dicho al país: «Se suprime el presupuesto del culto y clero!» Se hubieran obtenido dos ventajas, la una llevar á la práctica uno de los principios mas grandes y mas fecundos en consecuencias que ha producido este siglo, y la otra haber libertado al país del peso de 125 millones de reales. Dos grandes bienes, uno para las conciencias en general y otro para la pobre nacion estenuada con tantos gastos que no la incumben. Roto el Concordato, ¿á qué esa vacilacion, á qué esa debilidad que se llama presupuesto del clero del año 72? ¿Cree el ex-ministro que suscribió el proyecto, que el partido ultramontano le perdonará el haber puesto una vez mas la mano sobre el arca santa de sus intereses? Cuando en realidad bajo el punto de vista de las ideas del ex-ministro, ha faltado al derecho establecido que se llamaba Concordato, obligacion jurídica como puede serlo un contrato entre particulares ¿por qué no ha violado ese derecho convencional hasta basar el nuevo que establece sobre un principio eterno, inconcuso, que no varía nunca, que no

puedan alterar ni modificar las circunstancias? Vendrán nuevas circunstancias históricas, nuevos apuros de la nación, y mañana tendrá que hacerse en nombre de la necesidad lo que hoy no se ha tenido valor para hacer en nombre del derecho.

Pero aun bajo el criterio del ex-ministro que suscribe el proyecto, contiene partidas que nunca debieron entrar en él. ¿Qué significan esas cantidades que se fijan para las fábricas de San Pedro y San Juan de Letran en Roma? ¿Qué tenemos que ver nosotros con esas iglesias? Sea cualquiera el origen histórico de esas partidas, ¿por qué se ha de emplear nuestro dinero en esas iglesias romanas? ¿Y los seis mil duros que se asignan al Nuncio? ¿Qué cosa mas absurda! Eso de tener una especie de sagrado embajador al que nosotros hemos de pagar, es duro de toda dureza. Hace aquí falta ese monseñor por esta ó la otra razón que no hemos de discutir ahora, pues que le pague Su Santidad, si quiere.

El Estado emitirá láminas de la renta del 3 por 100 consolidado y las distribuirá á las personas ó corporaciones que perciben haberes por este presupuesto. Las Diputaciones provinciales pagarán como interés de estas láminas la cantidad de 13 millones próximamente para atender al clero diocesano, y los Ayuntamientos la de unos 109 millones para atender al clero parroquial. ¿Y cómo se vá á hacer esta repartición? El alcalde consultará el catastro; verá el número de habitantes y su riqueza y dirá á cada vecino, á todo vecino, «tanto para médico, tanto para cura.» Pero vendrá un protestante y dirá: «Yo no pago para tener un cura católico.» El alcalde entonces cojerá la Constitución y leerá: «La nación se obliga á mantener á los ministros del culto católico.» El protestante es español y está obligado á sufragar las obligaciones de la nación, y esta tiene este carácter por la ley constitutiva de la monarquía. El protestante seguirá pagando como hasta aquí, pagará mas directamente que hasta aquí una contribución para cosas que abomina en el fondo de su conciencia.

Y las provincias abrumadas de clérigos, ¿qué van á hacer? Para unas provincias será mas abrumador el peso que para otras. Dadme la separación de la Iglesia y del Estado y esto estará salvado. Cada provincia, cada municipio tendrá los curas que quiera ó que pueda.

En resumen, el proyecto es algo, pero dista mucho del fin. Se concede una pequeña iniciativa, pero en él hay errores doctrinarios de antigua fecha. El ex-ministro Sr. Montero Rios ha hecho cuanto ha podido dentro de su criterio conservador. Ya hay un nuevo Concordato despedazado; una nueva forma de sostenimiento del clero; pero nada mas que una nueva forma. Urge mas. Los que hubiéramos podido ser los primeros en adoptar la separación de la Iglesia y del Estado, ¿por qué nos hemos de asustar de este principio que habia de engrandecer al clero y al pueblo?

LA VIRGEN MARÍA.

IV.

Hemos visto en los anteriores artículos que el origen del culto de la Virgen no es escriturario; que en los Evangelios solo se la llama bienaventurada, y que en los Hechos solo se la menciona una vez y

como de pasada sin insistir sobre ella ni querer escitar hacia ella la atención, y no hemos podido menos de deducir de esto que el papel que los católicos romanos hacen representar á la Virgen es falso, y que de consiguiente el culto hacia ella es falso tambien é idolátrico por añadidura. En los primeros siglos no hay huellas de este culto; estaba reservado al cristianismo corrompido del siglo V y siguientes el levantar en las conciencias altares á un nuevo ídolo, cuando todavía los ídolos paganos no habian muerto por completo.

En los primeros siglos, los escritores, los poetas, los padres, hacen elogios sin fin de la Virgen, la ensalzan y la elevan hasta las nubes. Todo esto no tiene nada de particular. Fué madre del Salvador del mundo; Dios la concedió esta magnífica gracia; ella fué el medio natural por el que Jesucristo vino al mundo, y no es extraño que teniendo esto en cuenta algunos apologistas se permitieran estas ó las otras hipérboles mas ó menos exageradas, mas ó menos aventuradas. Pero yo pregunto: ¿en qué sermón, de qué padre, en qué homilía, de qué apolo-gista, en qué discurso, en qué escrito, en fin, de aquel tiempo, consta de una manera evidente y clara el culto á María, y su papel de intercesora entre Dios y los hombres? En ninguno. ¿Las liturgias y los catecismos de este tiempo hablan del culto? ¿Pueden mostrarnos los escritores católicos con testimonios de la época, qué práctica, qué ceremonias se observaban en el culto de la Virgen, si existía? Menos aun, ¿pueden presentarnos siquiera el testimonio de un padre que pidiera este culto, si no se observaba? Muy por el contrario. Los padres están perfectamente convencidos de que á Dios solo, y no á María, es á quien debe tributarse culto, y en este sentido se espresan muchos de ellos.

Basilio, Orígenes y otros, dicen que María se escandalizó de la muerte de su Hijo. Crisóstomo cree ver en aquellas palabras de Jesús en las bodas de Canaan. «Mujer, ¿qué hay de común entre mí y entre tí?» una especie de lección, una especie de reprensión. María, dicen, tuvo un momento de vano orgullo; conocido el poder sobrenatural y divino de su Hijo, quiso que le ostentase ante todos y por eso él la castigó con aquella respuesta. Maná, pues, era pecadora para los que esto afirmaban de ella. Pero hay mas. Tertuliano no se contenta con pensar de ella de este modo, sino que vá mas lejos aun. Comparando á María con las hermanas de Lázaro, la encuentra completamente inferior en abnegación y en fé.

Epifanio, hacia el fin del siglo IV, combatió severamente el culto idolátrico, que algunas mujeres árabes tributaban á María. ¿Y por qué le condenó? dicen los católicos. Porque era idolátrico, nada mas que porque era idolátrico. ¡Ah, era idolátrico! ¿Y qué nombre debe darse al tributado á la madre de Dios durante toda la Edad Media, y al tributado en nuestros días? ¿Qué podían hacer aquellas mujeres árabes que no hacen las nuestras? Y en todo caso, Epifanio no censuraba el exceso, la idolatría que pudiera haber en aquel culto, sino el culto mismo. Si no hubiera querido censurar mas que el exceso, hubiera presentado enfrente el modo escriturario de hacer este culto, las prácticas de la Iglesia con respecto á él, sus ordenanzas, y sin embargo no hace nada esto. Condena aquel culto porque no está en la Escritura, porque María fué pecadora como cualquier otra criatura, y porque aquel culto que se la tributa se parecia al que aun se tributaba por entonces á los dioses paganos, decrépitos ya, pero vivos aun.

Otros muchos testimonios de autoridades que no pueden recusar los católicos podríamos presentar. Tienen lugar aquellas querellas que preceden y siguen al Concilio de Efeso. Nestorio es depuesto por no querer conceder á María el título de madre de Dios. Cirilo y Proclo, sus antagonistas, usan y abusan de la victoria que han obtenido sobre aquel y celebran á su manera las maravillas y los privilegios que ellos creen que encierra el nombre de la Virgen. Pues bien, nosotros preguntamos: ¿en estas hipérboles, en estas mismas exageraciones hay traza, hay huella de culto alguno consagrado á María? ¿Dónde

se mencionan las prácticas de este culto? En los mismos sermones en que se glorifica á María hasta lo absurdo, ¿se hace mención ya de este culto establecido, ó se dice cuándo se vá á establecer? La idolatría á la Virgen aun no habia nacido; habia ya causas determinantes de ella, es cierto, pero los altares á la madre de Cristo no se habian levantado aun.

Clemente de Alejandría dice que nos está vedado espresamente hacer representaciones de lo que está en el cielo, de lo que está en la tierra, de lo que hay en el seno de esta y de lo que contienen los aires y el mar. Orígenes insiste en las mismas ideas, y para justificar la aversión de los cristianos de su tiempo hacia toda clase de imágenes, dice que con frecuencia eran hombres incrédulos, depravados y perversos. Epifanio censura duramente á los carponcianos porque tenían en sus casas imágenes que representaban á Jesús á la manera de los gentiles. Si todos estos venerables apologistas del cristianismo se pronuncian abiertamente contra toda adoración de imágenes, ¿cabe en buena lógica admitir que ellos habian de aceptar las de María? No, mil veces no. El culto de María no es de estos tiempos. El cristianismo no se ha viciado aun lo bastante. Los gérmenes existen ya, pero el hecho aun no se ha presentado.

Verán nuevos hombres: la exageración de las alabanzas á la Virgen irá cada vez en aumento; la palabra del buen Maestro «el dulce y el humilde de corazón» irá olvidándose ó tergiversándose, y llegarán los tiempos en que en cada capilla habrá un altar, en cada altar una madre de Jesús de madera, de oro, de plata. El abuso de este culto y el levantamiento de toda clase de imágenes á santos, mártires y bienaventurados trae una reacción, la reacción de los iconoclastas y las persecuciones de Leon III.

SEPARACION DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO.

Segunda parte de un discurso pronunciado en la iglesia cristiana española del Redentor, el 29 de Setiembre de 1871.

Hemos espuesto los principios; veamos ahora si los hechos confirman ó desmienten nuestras teorías. Cuando se quiere contemplar una vasta extensión de terreno, lo mejor es colocarse sobre la cima de un alto monte desde donde nuestra mirada pueda abarcar un espacio inmenso: nosotros estudiaremos únicamente los hechos mas notables para probar que la union de la Iglesia y del Estado es perjudicial á ambos poderes.

Vosotros sabeis en qué condiciones hizo su aparición en la tierra la religion cristiana. Grecia, la noble patria de la filosofía y de las artes, habia perdido su libertad, y con su libertad el génio de sus filósofos y la elocuencia de sus tribunos. Sus filósofos eran escépticos, y sus tribunos retores. Grecia era un cadáver cubierto con un velo adornado de flores.

La nación que entonces regia los destinos del mundo no valia mas, moralmente considerada, que la patria de los Sócrates y Platones. Roma gemia bajo la pesada mano de esos déspotas llamados Césares, cuya elevación al poder habia hecho posible la corrupción del pueblo, porque cuando los gobernados tienen almas de esclavo, los gobernantes tienen que ser tiranos. El pueblo romano se contentaba con los combates de gladiadores; y las nobles matronas, mas que las virtudes del hogar doméstico, conocían los vicios de las cortesanas. La religion estaba en todas partes excepto en los corazones, y como sucede siempre en esos momentos de decadencia, el lugar que la religion dejaba vacío lo ocupaba el formalismo; de suerte, que en un pueblo que no creía en Dios no se veían mas que imágenes de dioses: habia dioses en el panteón, en las plazas públicas, en las calles, en los templos, en las casas; dioses nacionales, y dioses extranjeros venidos de los cuatro puntos cardinales.

Esta civilización romana debía perecer, porque esta es la suerte de las naciones que sacrifican su santa libertad en el impuro altar del despotismo.

El cristianismo pareció. Encerrado por algún tiempo en los estrechos límites de la Judea, pronto pasó sus fronteras y se dió á conocer en Asia, Europa y Africa. Los cristianos aseguraban que ellos poseían la verdad, que las otras religiones eran falsas y que era necesario, en su consecuencia, renunciar á ellas. No se puede, decían, servir á Cristo y á los dioses del imperio. Bajo este punto de vista considerados, los cristianos eran intolerantes, pero su intolerancia era de buena ley; es la intolerancia que practican cuantos creen en los derechos inscriptibles de la verdad. No es esa intolerancia la que ha proclamado mas tarde la Iglesia corrompida, ni tampoco la que hoy defienden los que no profesan creencias de ningún género. Los primeros cristianos eran intolerantes; mas ni perseguían á los paganos, ni enuncian doctrinas que tendieran al planteamiento de la persecución, ni desconocían los sagrados deberes que impone la caridad. Si las cárceles se abrían, era para darles paso; si los cadalsos se levantaban, era para que ellos derramaran su sangre.

Pero llegó el día en que ambas religiones, la pagana y la cristiana, se igualaron en número, y el astuto emperador Constantino comprendió que para dominar al cristianismo tenía necesariamente que compartir con él su trono. Seducida por las apariencias, la Iglesia que había vivido de la persecución y del martirio, accedió á los deseos del emperador, convirtiéndose de libre en esclava, de esposa de Cristo y de Cristo solo, en concubina del César de Roma.

¡Qué alianza tan monstruosa! ¡Qué día tan fatal para la causa del cristianismo! ¡Y cómo se trasformó la Iglesia desde el momento en que quedó unida al Estado! Claro está; quien une su destino al destino de un tirano, tarde ó temprano adquiere hábitos de tiranía.

La unión de los dos poderes dió por resultado en primer lugar la corrupción del clero y de la doctrina cristiana. El paganismo no había concebido nunca el sacerdocio como un ministerio de abnegación y de amor, sino como un destino público que se pagaba con dinero del Tesoro. Constantino que se había hecho cristiano por política y no por convencimiento, no quería que los sacerdotes de la nueva religión fuesen inferiores á los de la antigua, de la que aun era pontífice á pesar de su aparente conversión, y les concedió como á los paganos, privilegios, rentas y honores de todo género.

Por eso vemos que el episcopado degenera en esta época. Ya no son los obispos aquellos fuertes varones que entregaban los primeros sus cabezas por defender la pureza de la doctrina cristiana; ahora son hombres que sonríen al César y buscan sus miradas y transigen con él, procurando armonizar los intereses de Dios con los de su nuevo dueño, gente de corte, en una palabra, que era pagana por esencia y cristiana por accidente. Escuchad estas palabras de San Jerónimo que tan gráficamente pintan al episcopado del siglo IV. «Ayer catecúmeno, hoy Pontífice; ayer en el anfiteatro, hoy en la iglesia; por la noche en el circo y por la mañana en el altar.»

Los cristianos de los primeros siglos se negaban á dar al emperador el título de *Señor*; los obispos empiezan á prodigarlo en el siglo IV, y no solo hablando de los emperadores sino que tambien de ellos mismos, como lo prueban las cartas de esa época, muchas de las cuales principian así: «Al Señor muy santo, muy piadoso y muy venerable obispo de...» ¿Qué se habían hecho los preceptos de Cristo? «Sabeis que los príncipes avasallan á sus pueblos y que los que son mayores ejercen potestad sobre ellos; no será así entre vosotros, mas entre vosotros todo el que quiera ser mayor, sea vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser primero sea vuestro siervo. Así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en redención por muchos.» ¡Ah! los preceptos

de Cristo estaban en el Evangelio; pero los obispos mas que el Evangelio leían los decretos del emperador.

Y como los obispos no eran mas que empleados, se hacia indispensable que los de los grandes centros como Antioquia, Alejandría y Constantinopla fuesen adictos al jefe del Estado, y de aquí que en vez de nombrar para tan sagrado cargo al mas digno de desempeñarlo, se pensase en el mas adicto al César, y se apelase para conseguirlo á las armas mas ruines, la intriga, la calumnia, la seducción, cosas todas que condenan el espíritu y la letra del Evangelio.

Que aquellos de los obispos que aman el poder y la pompa sueñen con esos tiempos que ellos llaman el siglo de oro del cristianismo, porque el emperador los llamaba y les hacia viajar á espensas del Estado y gozaban de una gran consideración aparente; que alaben esos tiempos en que su poder era tan grande y aun mayor que el de los procónsules, lo comprendo; mas tambien comprendo que aquellos que se interesan en el triunfo de la religión levanten su voz para condenar tanto vicio como se cobijaba bajo el blanco velo del Evangelio de Cristo.

La unión de la Iglesia y del Estado fué la causa de las persecuciones religiosas. Muchas heregias se habían predicado antes del siglo IV de nuestra Era, y todas se habían combatido con la palabra y la persuasión. Desde que los poderes religioso y civil no fueron mas que uno solo, se apeló á la fuerza. La religión era una dependencia del Estado, y el emperador consideraba como facciosos y enemigos á aquellos que no profesaban la religión oficial del imperio. ¡Confusion lastimosa de dos poderes llamados á vivir separados por ser diferentes en forma y en ciencia!

Faciosos que turbaban la tranquilidad pública se llamaba á los arrianos, y por eso se les desterraba. Pero un hijo de Constantino, Constancio, llamaba perturbadores á los ortodoxos y los desterraba á su vez como su padre había desterrado á los arrianos. El castigo era merecido; los cristianos habían blandido una espada de dos filos con la que al mismo tiempo que herían á sus adversarios, se herían ellos á sí mismos. Y no creais, hermanos míos, que estas ideas de separación que se sustentan en nuestro siglo hayan sido desconocidas por completo de todos los hombres religiosos del siglo IV, no; que tambien se encuentran en dicha época cristianos decididos para protestar de la unión de la Iglesia y del Estado. Escuchad estas palabras de San Hilario, cuya autoridad no rechazarán los católicos romanos de nuestros días. «Es menester llorar sobre las desgracias de nuestro tiempo, y sobre esas locas ideas de emplear en defensa de Dios los recursos de la mundana ambición. Yo os pregunto á vosotros los que sois obispos ó que creéis serlo: ¿de qué medios se valieron los apóstoles para predicar el Evangelio? ¿Qué poder les sostenía cuando hacían pasar á los pueblos del culto de los ídolos al culto del Dios verdadero? ¿Estaban revestidos de la autoridad de la corte cuando cantaban himnos en sus prisiones bajo el látigo de sus opresores? ¿Fué en virtud de reales órdenes, por lo que San Pablo reunió una iglesia para Cristo? Ahora, ¡oh dolor! los sufragios de la tierra son los que recomiendan la fé de Cristo, y Cristo aparece sin fuerza desde que ha encontrado imprudentes amigos. La Iglesia espanta ahora con sus cárceles y sus destierros y obliga á que se crea en ella, cuando antes se creía en ella á pesar de las cárceles y del destierro, etc., etc.»

Nobles palabras que forman notable contraste con las de torpe adulación en que proferían los obispos de aquella época, pobres esclavos que se arrastraban á los piés de su señor y besaban la mano criminal que lo mismo los castigaba que los colmaba de favores.

Otro mal mayor aun, si cabe, de la unión de los dos poderes, fué la entrada en la Iglesia de un mundo que no conocía la religión que se le obligaba á profesar. Nacidos en el paganismo, y en el paganismo educados, no podían desprenderse en un día

de sus antiguas ideas, que habían llegado á formar parte integrante de su vida. Una de esas ideas era que los dioses debían representarse por imágenes. Todos poseían las de sus antiguas divinidades, y naturalmente quisieron tambien poseer las de Cristo y sus apóstoles. El culto tributado á la imagen es una importación del paganismo debida á la precipitación con que entraron en el seno de la Iglesia muchedumbres inmensas empujadas por las órdenes del emperador.

Es un hecho innegable que el culto de las imágenes fué antipático á los primeros cristianos. No quiero mas prueba que los ataques que los filósofos paganos dirigían á los discípulos del Crucificado porque no tenían imágenes en sus templos. El gran Orígenes contestaba á Celso que se prevaleía de esta circunstancia para desacreditar las prácticas de la nueva religión: «Cada cristiano fiel es una estatua viva á la que no puede compararse el Júpiter de Fídias.» Y otro defensor del cristianismo, Arnobio, escribía á principios del siglo IV: «Si no las hacemos (las imágenes, representaciones de los dioses) es porque los dioses se mofan de esos honores, si los dioses pueden mofarse, ó los soportan con indignación si los movimientos de la cólera pueden turbar sus almas.»

Pero los paganos no comprendían esto, ni podían admitir que se rindiera culto á Dios sin una imagen que lo representara. Y como ellos entraron en gran número en la Iglesia; como no se les preparaba suficientemente, porque se apreciaba mas el número que la calidad, y como el emperador Teodosio destruyó sus templos y sus altares, pasaron con todas sus supersticiones é idolatrías á formar parte de la Iglesia cristiana visible. De suerte que podemos asegurar que las primeras consecuencias de la unión fueron la pérdida de la libertad de pensar, la corrupción del clero, especialmente de los obispos que de pastores de almas pasaron á ser cortesanos y satélites del emperador, la persecución empleada para convertir herejes y paganos, y por último, la entrada del paganismo en la Iglesia y con el paganismo la de sus prácticas y ceremonias en un todo opuestas al espíritu del Evangelio. ¿Quién había perdido con la protección imperial? La Iglesia, la verdadera Iglesia de Cristo.

La Iglesia no podía, sin embargo, seguir desempeñando por mucho tiempo el humilde papel de sierva. Las circunstancias la favorecieron en sus planes de engrandecimiento (material, y menester es confesarlo, supo aprovecharse de ellas con sorprendente habilidad. En medio del general derrumbamiento producido por las invasiones de los bárbaros, la Iglesia sola quedó de pie y supo convertirse á fuerza de saber y de paciencia en señora de los nuevos señores del mundo.

Ya hemos visto lo que costó á la Iglesia la tutela del Estado; veamos ahora lo que ha costado al Estado la tutela de la Iglesia.

(Se continuará.)

EL PURGATORIO. (1)

Naturaleza verdadera de la religión, y de las promesas y esperanzas consolatorias del cristianismo.

La religión de la Biblia derrama un diluvio de consuelos alrededor del lecho del enfermo, y estiende una aureola de bellísima luz alrededor de la cama del cristiano moribundo. La enfermedad no es sino de poca duración, la muerte se acaba en un momento, y luego las glorias indecibles del cielo, se despliegan á sus ojos deslumbrados. La muerte queda absorbida en la victoria; se ha quitado la presa al sepulcro; este no es sino la antecámara del cielo; aquella no es sino el

(1) Por complacer á nuestro amigo D. José Hernandez, insertamos este artículo acerca de un punto del que ya se ha ocupado mas de una vez LA LUZ. El artículo está tomado segun carta del Sr. Hernandez, del libro *Noches con los Romanistas*. (La Red.)

ugier que nos conduce á la presencia divina. Parado en el umbral de la eternidad, el cristiano moribundo tiene los vislumbres mas bellos y felices que ha tenido jamás, de la glorias que no pueden marchitarse. Ya no le espanta el sepulcro, ni tiembla de miedo en la presencia de la muerte; bien al contrario, cuando oye el ruido de los piés de la muerte, sus mejillas se encienden con altas esperanzas, y cuando siente el tacto de su mano helada, su corazon palpita con ardientes anhelos, porque ha llegado ya su hora. Le parece ver las puertas del cielo; le parece oír las canciones de los ángeles, le parece sentir las blandas auras celestiales; sus ojos se animan, sus mejillas se encienden, late su corazon y su lengua esclama con triunfo: «Ya estoy al punto de partir y cerca está el tiempo de mi muerte. He peleado la buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fé. Por lo demas, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, el justo Juez, me dará en aquel día; y no solo á mí, sino tambien á aquellos que aman su vida.» (2 Tim. iv, 7, 8.) El cristiano moribundo es el cristiano feliz, gozoso y triunfante. Vé su corona; vé su trono; vé su herencia; y reclina su cabeza en paz, sabiendo que despertará en el seno su Dios; y su última canción es la del triunfo: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria?»

Pero muy diferente de esta es la muerte del romanista. Este no vé en el sepulcro sino la antecámara del horno encendido, ni en la muerte sino el verdugo que le arroja á un purgatorio atormentador. Se halla postrado en la cama de enfermedad; pero esta enfermedad es mas tolerable que el horno encendido. Se halla tendido en el lecho de la agonía; mas esta agonía es mas soportable que los tormentos del purgatorio. La luz de la gloria venidera no puede irradiar en sus tinieblas. No hay esperanza del cielo que pueda alentar su corazon, y se detiene aterrado, temblando, resistiendo, hasta que se le palidecen las mejillas, se le cubren de tinieblas los ojos, y horrores multiplicados le oprimen el corazon, y muere pensando en el purgatorio, mas bien que en el cielo, y con visiones de tormento en vez de las de glorias. El cristiano verdadero muere esperando que en aquella misma hora pisará los umbrales del cielo: el romanista muere esperando que en aquella misma hora sentirá las llamas del purgatorio: el uno muere regocijándose, el otro muere lamentándose. ¡Perezca la doctrina que puede ajar de esta manera las esperanzas y anublar las visiones del cristiano moribundo!

Espondremos aquí la doctrina de la Iglesia romana respecto del purgatorio. Es la siguiente: se enseña que hay un cielo y un infierno; el primero para la sempiterna felicidad de los justos; el segundo para la miseria eterna de los malos. En esta parte, la creencia de la Iglesia romana es idéntica á la de la Iglesia protestante. Pero ademas de estos dos lugares, la Iglesia romana sostiene que hay todavía otro intermedio, lugar caracterizado por dos circunstancias: primera, que es lugar de tormento; y segunda, que es lugar de expiación. A este lugar le han dado el nombre de purgatorio, en razon de su supuesta eficacia para purgar los pecados.

Dicen que es lugar de tormento. Pero los doctores romanos no están de acuerdo entre sí, en cuanto á la naturaleza de los tormentos que allí se sufren. La opinion generalmente recibida es la de que el purgatorio es una region de llamas, y que las almas sufren todas las penas del fuego. Esta es tambien la opinion emitida en el catecismo del Concilio de Trento; este dice así: «Hay tambien el fuego del purgatorio, en el cual las almas de los justos se purifican por medio del sufrimiento durante un tiempo determinado, á fin de que puedan ser admitidas en su patria eterna, en la que no puede entrar cosa alguna que contamine.» (Parte 1.ª c. 6.) Pero algunos de los abogados modernos de aquella Iglesia, hallándose apurados por nuestras objeciones, dicen que no es enteramente cierto, que no ha sido establecido infaliblemente que el purgatorio sea una region de fuego, y sostienen que es una region sin fuego, en donde las almas se hallan atormentadas por un miedo horroroso. Sin embargo, ambos partidos convienen en que los sufrimientos del purgatorio son casi tan terribles como los del infierno, siendo la distincion principal la de que aquellos son temporales, al paso que estos son eternos.

Dicen que es lugar de purificación. Dos clases de personas son enviadas á ese lugar. 1.ª Todos los que mueren en pecado venial; esto es, todos los que no han confesado y hecho penitencia por sus pecados veniales. 2.ª Todos los que han cometido pecados mortales y se han confesado de ellos, pero que no han cumplido toda la penitencia que les ha sido impuesta. Se supone que ambas clases han de sufrir en ese lugar de tormento lo que resta de la pena debida á sus pecados.

El principio en que estas opiniones se funda, es el siguiente: Se sostiene que hay dos clases de pecados. 1.ª Pecados veniales ó pecadillos. Estos se llaman veniales, esto es, perdonables, por ser demasiado triviales para perder el amor de Dios, ó segun se espresan ellos, para «romper la caridad,» y que por lo mismo Dios puede muy bien perdonarlos, con tal de que el pecador sufra una penitencia adecuada en esta vida ó en la venidera. 2.ª Pecados mortales, esto es, pecados grandes, tan grandes, que merecen el infierno; y si no son confesados, absueltos y expiados por la penitencia, acarrearán ciertamente á su autor la condenacion eterna. No es mi objeto presente examinar ó esponer la tendencia de esta doctrina de los pecados mortales y veniales, doctrina enteramente opuesta á las Sagradas Escrituras, y de que nace una buena mitad de los errores prácticos de la Iglesia romana. Mi objeto es el de esponer cuál es el principio en que se funda la teoría del purgatorio. Los romanistas sostienen, respecto de todos los pecados, que si son confesados, pueden expiarse por medio de «penas temporales» en este mundo ó en la vida futura. En lugar de enseñar que el castigo del pecador arrepentido fué puesto sobre Jesucristo, segun las palabras del profeta: «Fué llagado por nuestras iniquidades, fué quebrantado por nuestros pecados; el castigo para nuestra paz fué puesto sobre él, y por sus heridas fuimos sanados;» (Isaías, lxxv, 3) en vez de enseñar que Jesucristo tomó sobre sí la pena debida al creyente arrepentido, expiando así los pecados, cuando pasó la agonía en el huerto, las afrentas y padecimientos en el pretorio, y la muerte en la cruz; en lugar de esto, sostienen que el creyente, por mas arrepentido que esté, ha de sufrir en esta vida ó en el purgatorio el «castigo temporal,» para que expie de este modo sus pecados.

Pero el hecho que debemos tener siempre en cuenta es, que á escepcion de los condenados al infierno, todos los demas han de pensar en el purgatorio hasta que hallan liquidado su cuenta de sufrimiento por sus pecados. Se supone que estas personas son de la comunión romana. El purgatorio es su dominio peculiar: el romanista puede entrar allí, pero el destino del protestante ha sido descrito algo profanamente, como el de los hombres que «van mas allá y lo pasan peor.»

Le recordaré la verdad, Sr. Padre Cayetano, ya que veo que la ignora, y es que la sangre de Jesucristo suministra al pecador la única expiación de sus pecados. «He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.» (San Juan i, 29.) Y otra vez: «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.» (1.ª Epístola de San Juan, i, 7.) Si Cristo ha quitado los pecados de su pueblo, este no ha menester un purgatorio para volver á quitárselos; y que si la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado, haciendo énfasis sobre las palabras «todo pecado,» señores papistas, no puede haber pecado venial ó mortal que quede para ser limpiado por las llamas del purgatorio.

(Se continuará.)

UNA PÁGINA DE HISTORIA NEA.

Érase allá por aquel famoso año de sangre que se llamó el terrible año de 1824. Reinaba el terror blanco en la miserable España. Fernando VII habia recobrado su libertad, como él decia, merced á las bayonetas extranjeras y á las de algunos miles de malos españoles que habian venido precediéndolas. Habíase dado aquel famoso decreto de purificación de treinta y dos artículos para cerrar las carreras del Estado á todo aquel que no odiase la libertad con toda su alma y no hubiese dado pruebas de su horror á todo lo que oliese á liberal.

Las comisiones militares llenaban de sangre los campos de Cartagena, Almería, Tarifa y Castilla. El rey Fernando reclamaba del sultan de Marruecos á algunos infelices que se habian refugiado en aquellas playas para esterminarlos, y el sultan daba una lección de tolerancia y humanidad al católico y piadosísimo rey de España, negándose á entregárselos. Y se llevaban las cosas tan allá, y era tan terrible el deseo de esterminio, que no se tuvo inconveniente en ahorcar y descuartizar á un pobre muchacho de 18 años llamado Gregorio Iglesias, por el horrible delito de ser mason. Pobres hombres, soldados, mujeres del pueblo espiraron en medio de las mas atroces penas por haber dado vivas á la Constitución del año 12. Se hizo mas que esto. Se rayó en el ridículo por premiar á los mas ciegos, intolerantes y fanáticos. No solo se concedieron singulares y estrañas recompensas á todos los que habian intervenido en la prision del desgraciado Riego, sino que se instituyó de real orden—estraña mezcla de ideas religiosas y sangrientas que han constituido siempre el fondo del catolicismo histórico—una fiesta anual cívico-religiosa en la villa de Torre de Pedro Gil y su ermita de Santiago, con su solemne procesion y asistencia de dos cabildos, ordenándose con toda formalidad que la bandera del santo la hubiese de llevar el santero Vicente Guerrero, á quien Riego se habia entregado, y en caso de imposibilidad su pariente mas cercano dentro del cuarto grado, siendo los comisionados dos voluntarios realistas.... etc. El mismo rey concedió á la villa la cantidad de ochocientos reales sobre los doscientos de que disfrutaba para que la funcion que se hacia en la referida ermita anualmente fuese mas ostentosa y se atendiese mejor al gasto de cera, sermon, música y demas que es de rigor en semejantes casos. Resístese, dice un moderno historiador, á hacer la historia de tan maliciosa hipocresía ó de tan repugnante fanatismo.

Estos tiempos son los que ansían los neo-católicos de nuestra época. Dios se los dé á ellos solos si lo desean, y evite para siempre las calamidades que ellos traerian á las naciones todas de Europa.

CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

(Continuacion.)

SOBRE EL PADRE NUESTRO.

P. ¿Qué pedimos diciendo «perdónanos nuestras culpas?»

R. Perdon de culpas y penas debidas por ellas.

P. ¿Existe hombre alguno en la tierra que pueda dispensarse de hacer á Dios esta peticion?

R. Ninguno, porque todos, aun los mas perfectos, si quisieran justificarse con sus propias obras, serian condenados como culpables. Toda nuestra esperanza está en la misericordia de Dios.

P. ¿Por qué añadimos «como nosotros perdonamos á nuestros deudores?»

R. Porque no perdonará Dios al que á otro no perdona.

P. ¿Qué pedimos diciendo «no nos metas en tentacion, mas líbranos de mal?»

R. Que Dios no nos permita darla consentimiento y nos dé la fuerza para resistirla.

P. ¿Qué quiere decir «tuyo es el reino, y la potencia, y la gloria, por todos los siglos?»

R. Que debemos terminar nuestras oraciones todas alabando su Santo nombre.

DE OTRAS ORACIONES.

P. ¿Hay otras oraciones ademas de las del Padre Nuestro?

R. No hay en realidad mas que esa. Podemos orar sirviéndonos de otras palabras y de otra forma; mas ninguna oracion puede ser agradable á Dios, si no está pronunciada en el espíritu del Padre Nuestro.

P. ¿Y por qué es regla la oracion del Padre Nuestro?

R. Porque la compuso Cristo y contiene cuanto debe pedirse y puede desearse.

P. ¿Cuáles son las condiciones de la buena oración?

R. En primer lugar debe el pecador estar convencido de su miseria moral; luego que ese sentimiento de pobreza espiritual produzca en su alma el dolor de haber ofendido á Dios, es menester que desee con ansia obtener su perdon, y por último que tenga confianza en que lo obtendrá por los méritos solos de Cristo.

P. ¿De cuántas maneras es la oración?

R. De dos: mental y oral.

P. ¿Qué formas hay de orar?

R. Dos: adorando á Dios y pidiéndole beneficios.

P. ¿Y hemos de hacer también oración á los ángeles y á los santos?

R. No señor, porque no pueden ser nuestros medianeros, visto que la Palabra de Dios dice que no hay mas que un medianero entre Dios y los hombres, á saber, Jesucristo.

P. ¿Qué cosa son los ángeles?

R. Espíritus que Dios emplea para su gloria y en bien de la humanidad.

P. ¿Qué oraciones decimos á la Virgen María?

R. Los cristianos evangélicos no dicen ninguna: los romanistas dicen de ordinario el Ave-María y la Salve.

SOBRE EL AVE-MARÍA Y LA SALVE.

P. ¿Quién hizo el Ave-María?

R. De la salutacion del ángel y de santa Isabel se ha tomado la primera parte, y la Iglesia de Roma ha añadido la postrera.

P. ¿Deben decirse esas oraciones?

R. De ninguna manera como oraciones. La primera parte no es una oracion, es una salutacion y nada mas. En cuanto á la segunda es una ofensa á Dios, á Jesucristo y á la Virgen el hacerla.

P. ¿Por qué es una ofensa á Dios?

R. Porque se contraría su soberana voluntad, que ha querido salvar á los hombres por medio de Jesucristo únicamente.

P. ¿Por qué se ofende á Jesucristo?

R. Porque se desecha su mediacion que es la única verdadera, para suplicar á María que ruegue por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

P. ¿Por qué se ofende á la Virgen María?

R. Porque ella tan humilde y temerosa de Dios, nunca ha querido ni puede querer ahora que se ponga á la criatura en lugar del Creador, y al pecador en lugar del Cordero sin mancha que quita el pecado del mundo.

P. ¿Quién es la Virgen María?

R. Segun la Palabra de Dios que no puede mentir, una mujer virtuosa, pero pecadora sin embargo como todos los hijos de Adam, que ha tenido necesidad para salvarse del sacrificio expiatorio ofrecido por su hijo Jesús sobre la cumbre del Gólgota.

P. ¿En dónde está la Virgen?

R. Su alma en donde estén las almas de todos los que han creído verdaderamente en Jesús, y su cuerpo aguarda como el de ellos el dia de la resurreccion universal.

P. ¿Y la que está en el templo quién es?

R. Dices que una imagen suya.

P. ¿Y para qué nos sirve esa imagen?

R. A los cristianos segun el Evangelio, para nada sirve; á los romanistas para ofender á Dios cada vez que se postran ante ella.

P. Pues qué, ¿no debemos reverenciar á las imágenes?

R. No señor, y sobre esto no puede existir duda, puesto que la Palabra de Dios prohíbe clara y terminantemente inclinarse ante las imágenes para darles culto.

P. ¿Y á las reliquias de los santos, qué reverencia debemos?

R. La misma que á las imágenes, es decir, ninguna. Al Señor solo hay que servir y adorar.

P. ¿Se pueden decir algunas oraciones á los santos?

R. No, porque no son, ni pueden ser intercesores, y ademas, Dios no escucha mas que las oraciones que se le dirigen en el nombre de Jesucristo.

(Se continuará.)

MEDITACION.

«Y hablaba Jehová á Moisés cara á cara como habla cualquiera á su compañero.» (Exodo, xxxiii, 11.)

¿Quién no ha envidiado mas de una vez á esos seres privilegiados á quienes el Señor concedió el inefable don de hablar con ellos cara á cara, como habla cualquiera á su compañero? ¿Quién no ha envidiado la suerte de un Moisés, de un Abraham ó de un Samuel? Y sin embargo, Jesucristo ha dicho que «el mas pequeño en el reino de los cielos es mayor que el mayor de los profetas. Nadie tiene mayor amor que este, que ponga alguno su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hiciéreis las cosas que yo os mando. Ya no os diré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; mas os he dicho amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os he hecho notorias.» Y en otro lugar ha dicho: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre y yo le amaré, y me manifestaré á él.» De aquí se deduce que todo aquel que ama á Jesucristo puede conversar con él como Moisés con Dios, cara á cara como habla cualquiera á su compañero.

Nada hay en esto que deba asombrarnos sino es la divina condescendencia de nuestro Salvador que consiente en sostener relaciones amistosas con pobres pecadores como nosotros. Por lo demas, el mismo Cristo exige de los suyos esta dulce familiaridad cuando les pide que estén unidos con El como el sarmiento con la vid, ó que abran las puertas de sus corazones para hacer de ellos su morada.

Bienaventurada el alma que habla cara á cara con Cristo como habla cualquiera á su compañero. ¿Qué puede temer si Jesús está con ella? El es el admirable en consejos y el magnífico en medios para llenar los abismos y allanar las montañas. ¿Se ofrecen ante la vista del cristiano mil caminos desconocidos que le dejan perplejo porque no sabe cuál escoger? Cristo es el consejero que inspira el espíritu de sabiduría. ¿La tentacion le rodea en términos que no sabe cómo salir de ella? Cristo es el Todopoderoso cuya fuerza invencible ha triunfado del mismo Satanás. ¿Se aproxima la muerte terrible y amenazadora? Cristo es el buen pastor que ha dado su vida por sus ovejas para que éstas tengan vida, y todo aquel que en El cree aunque esté muerto vivirá. ¿Se desencadenan los vientos de la adversidad y la tempestad ruge como si todo quisiera destruirlo? Cristo es el príncipe de la paz; y ¿quién que en El se confía temerá mal alguno? ¿Quién acusará y condenará á los escogidos de Dios, á aquellos por quienes Cristo ha muerto?

Cuando yo os he enviado, decía Jesús á sus discípulos, sin bolsa, sin saco y sin calzado, ¿habeis carecido de algo? Y tú, pecador perdonado, que te has aproximado á Jesús y has hablado con El por medio de la oracion como un amigo habla á su amigo, ¿has carecido de algo cuando llamabas y El te abría, cuando hablabas y El te escuchaba, cuando pedías y El otorgaba?

¿De dónde procede, pues, que esta intimidad del cristiano con Jesús sea cosa tan rara? Nadie puede negar que Jesús la exige, como cualquiera que crea en el Evangelio puede asegurar que ella es posible. Si disfrutamos tan poco de la presencia de Jesús, la causa no es otra que nuestra propia incredulidad, no la incredulidad que niega á Dios y la divinidad de Jesucristo; sino la incredulidad que con tanto trabajo admite el amor infinito de Dios y esa misericordia sin límites que ha hecho sobreabundar la gracia allí donde habia abundado el pecado.

Somos demasiado pecadores, demasiado indignos, decimos, para que Dios consienta en escuchar

siempre nuestras súplicas, y olvidamos que el pecador que ha obtenido su perdon por la fé en Cristo no es ya mas un hijo de cólera y de perdicion, sino un hijo de Dios que puede llamar á Dios su padre y á Jesucristo su hermano. Olvidamos que con el perdon de Dios hemos obtenido el derecho de entrar en los lugares santos; olvidamos, sobre todo, que si pedimos obtendremos un espíritu de libertad para aproximarnos á Dios con la misma confianza con que el amigo se aproxima á su amigo.

Cuando Dios nos llama cerca de sí no nos obstinemos en vivir lejos de El; cuando Jesús quiere que seamos sus amigos, ¿por qué hemos de vivir como si fuéramos siervos?

UNO DE TANTOS.

I.

¿A dónde va? ¿quién lo sabe!

Está despechado y loco,

El huracan de su alma

Le están diciendo sus ojos;

Cierra con rabia los puños,

Lleva contraído el rostro,

Le incomoda todo el mundo,

Y él, hasta él mismo á sí propio.

Vá buscando alguna cosa,

Mira ansiosamente en torno,

Allí está la casa lóbrega

Y allí está el portal mas lóbrego;

Sube, le abre; su mirada

Entre placer y entre odio,

Se fija sobre una mesa

En la que hay cartas y hay oro.

Se juega y el tambien pone,

Allá vá su triste óbolo.

Sale la carta; ha perdido,

¡Dios es justo sobre todo!

II.

El no la escucha, adelante;

La separa, es un estorbo

Que se pone en su camino;

«Dejadme, dice, de lloros;»

Atraviesa calles, plazas,

Desenfrenado, furioso,

Como que el alma la lleva

El miserable hecha polvo;

Entra en un negro tugurio

Lleno de humo y alboroto,

Pide un licor que le mate,

Si es posible, lo mas pronto,

Le sirven y él bebe y bebe

Copas y copas de un sorbo.

La enmienda de un torpe vicio

Espera encontrarla en otro,

Pero bien pronto se hastía,

Aquello no apaga el horno

De pensamientos que arden

En su cerebro. «¡Ahí vá, mozo,»

Grita echando una moneda

Sobre la mesa, me ahogo,

No tengo mas. Dios me asista

Faltá le hace al pobre mozo.

Y al salir de aquella casa

Escuchó un gemido sordo

Y una voz que le decía

Cortada por los sollozos:

«Yo quisiera para mí

Lo que derrochan los otros;
Compasión para una madre,
¡Ha dos días que no como!

III.

La escucha, ¡qué ha de escucharla!
Corre y corre, «ahí vá ese loco
Dicen las gentes» paradle,
«Que corra» prorumpen otros;
La población atraviesa,
Lleva mas pálido el rostro
Que un muerto. Que Dios le ampare;
Que bien necesita apoyo.
Llegó al campo. El infeliz
Tendió una mirada en torno;
No había nadie, las estrellas
Le contemplaban tan solo,
Sacó un arma y se le oyó
Decir con tétrico tono,
«Acabemos esta vida
De desdicha y de abandono,
Se ha marchado mi fortuna
Tras mis vicios en un soplo,
Y lo que ellos no han gastado
Lo han consumido mis ócios.
Pronto tendré que decir
¡Ha dos días que no como!
Y eso es duro. Vamos, vamos,
Valor y acabemos pronto,»
Y fué á disparar el arma
Con la calma de un estóico,
Pero se sintió cojido
Por un brazo, y en su asombro
Oyó una voz que decía
Con acento melancólico:
«Libreme Dios de anslar
Lo que derrochan los otros,
Es mejor decir mil veces
Ha dos días que no como,
Que presentarse cubierto
De sangre, de Dios al trono,
Y decirle ¡mis desórdenes
Me han dado este patrimonio!»

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

DE LOS CONCILIOS DE LA IGLESIA.

La doctrina antigua de Dios enseña: que solo Jesucristo que es la luz, y que los que le siguen, no pueden errar, gobernándose por la regla de su Evangelio, (1) y del espíritu divino que está conjunto con El: por eso manda San Juan que prueben los espíritus para saber si son don de Dios. (2) Luego á los cristianos pertenece juzgar el espíritu de los Concilios. ¿Qué regla podemos tener para probar los Concilios, sino la Santa Escritura y la Palabra de Dios? Pues esta solo es cierta, verdadera y pura; y Jesucristo es la piedra en que deben ser tocadas todas las doctrinas de los hombres, para probar si son de Dios ó no. Por tanto, ningún Concilio puede ni debe hacer cosa ninguna, sino por la virtud de la palabra de Dios, y que todo lo que hiciere sea conveniente y cuadre en todo y por todo con el Evangelio. Porque puesto que dicen que gobierna el Espíritu Santo tales Concilios, no conviene hacer ni establecer en ellos cosa ninguna contra su ordenanza, porque es inmudable, y de lo que dice no se desdice. Y pues es manifiesto y muy conocido que los Concilios han hecho muchas leyes discordantes del Evangelio, ¿por qué, pues, veamos, no se podrá dudar de ellos? La doctrina de los apóstoles quiere (3) que el obispo sea marido de una mujer, y algunos Concilios defienden á los sacerdotes que no se casan. ¿No es esto contradecir al Espíritu Santo, que habló por la boca de los apóstoles? De donde es notorio, que si mandan alguna cosa contraria á la Santa Escritura, ¿no queda en lo mismo averiguado que pueden errar? Y para conocer mas claramente que han errado, manifiesto es que son contrarios unos á

otros, como lo muestra evidentemente Juan de Belga, en el libro que hizo de los Concilios.

No digo esto á fin de menospreciar los buenos Concilios que se pueden hacer, ó han sido ya hechos; pero lo que quiero y pretendo, es poner y constituir á Jesucristo por prelado y presidente de ellos. Porque ninguna cosa debe ser hecha en ellos, sino con su licencia y autoridad. Nosotros confesamos conforme á la promesa de Jesucristo, (como está escrito en San Mateo) que Jesucristo se halla en todas las congregaciones que se hacen en su nombre; (1) pero no queremos recibir ni aprobar á los que vienen en su nombre de ellos, y hablan de sí mismos, y no del Padre, como dice San Juan. (2) Y así, conforme á esto, la Escritura Santa no dá mas autoridad á un Concilio donde se congregan mil personas, que á una congregación de dos ó tres personas ayuntadas para honrar á Dios y en su nombre.

Y por tanto, cuando una iglesia ó congregación cree el Evangelio, está asegurada y firme y con el cuchillo de la Palabra de Dios confunde fácilmente todas las herejías y errores de los hombres.

Es cosa cierta que ningunas herejías pueden ser vencidas y confundidas sino es con la fertilísima doctrina del Espíritu Santo. Por manera que si alguno dice que puede el Concilio ordenar y establecer alguna cosa sin la Santa Escritura, el tal se responde con Juan Jeron, y otros varones sábios y ejercitados en las Santas Escrituras, que se debe antes creer á solo un hombre que trae palabra de Dios, y está fundado sobre la autoridad de ella, que á la declaración del Papa ó del Concilio general, sin Palabra de Dios.

Por estas cosas dichas, parece claramente que no pertenece al Concilio imponer ni mandar cosa ninguna fuera del Evangelio. Y á lo que dicen del Concilio que se tuvo en Jerusalem, es cosa averiguada, como parece por el texto, que no se hizo ni determinó en él cosa ninguna sin el ayuda y autoridad de la Sagrada Escritura. (3) Porque lo que en él fué ordenado por los apóstoles y ancianos, no fué otra cosa sino que los que de los gentiles se habían convertido al Evangelio se abstuviesen de las cosas sacrificadas á los ídolos, de fornicación, de sangre y de cosa ahogada y de lo que mas se contiene en el capítulo. Todo su propósito é intencion era dar á conocer que no por las obras de la ley, sino por gracia, es justificado el hombre en Jesucristo. Y pues este Concilio de los apóstoles enseñaba como el pecador es justificado delante de Dios, no por las obras, sino por la gracia de Jesucristo, ¿á qué propósito ha hallado el Concilio de los hombres, despues de aquel tiempo, otros caminos para ir al cielo? los cuales sin duda ninguna deben ser antes llamados caminos de perdición que de salvación. Porque en solo Jesucristo está la vida y la luz; y todo lo que está fuera de El, es muerte y tinieblas.

(Breve tratado de doctrina útil para todo cristiano, por el doctor Juan Perez.)

EL RESPONSO Y LOS REBUZOS.

Cuenta un Sr. D. Leonardo Antonio de la Cuesta, autor de la obra intitulada *Estado sagrado, cronológico, genealógico y universal del mundo*, en la página 29 de su tomo 12 y último, el siguiente y prodigioso caso, de esta manera:

«Tenemos este año de 1613 un caso extraño, funesto y maravilloso que aconteció en Alemania en el lugar de Villanueva, en la provincia Vivariense. Referiréle segun le trae el P. Gualterio. Dice, pues, que vivía en este lugar un notario, hereje calvinista, el cual viviendo hacia siempre burla y escarnio de los sacerdotes católicos, más especialmente cuando les veía asistir á algun entierro, pues entonces se burlaba mucho de las ceremonias y ritos que se acostumbra practicar en los entierros de los difuntos. Este malvado hombre lo mismo era oír cantar á los sacerdotes el canto de los difuntos, que poner-

se á contrahacer las voces de los clérigos, remediándolas á manera de escarnio, y decia este infeliz que todos aquellos cánticos eran bramidos de asnos. Murió el miserable en el mes de julio de este mismo año, y llevándole á enterrar, apareció un asno de estremada grandeza, de color pardo oscuro, el cual siguió las andas ó féretro bramando y rebuznando. Hicieron muchas diligencias por espantarlo y echarle de allí, pero no lo pudieron conseguir; y cansados ya de hacer estas diligencias, le dejaron ir próximo al féretro, de donde no quiso apartarse nunca. Luego que llegó al sitio del sepulcro, le empezó á rodear dando grandes rebuznos, sin dejar á los sacerdotes cantar la vigilia. Así estuvo por mucho tiempo, y viendo los clérigos que no podían cantar porque el asno se lo impedía, determinaron darle luego tierra. Llevaron el cuerpo al sepulcro, y queriendo cantar un responso, no fué dable, porque el asno empezó con mas fuerza á rebuznar, y no lo dejó hasta que le cubrió la tierra á aquel infeliz hombre. Luego que acabaron de darle tierra, desapareció el asno, sin saber dónde ni cómo vino, lo que dejó á todos atemorizados y pasmados.»

Lector, cualquiera que seas, ¿no te pasmas, no te asombras despues de la relacion de los anteriores rebuznos? ¿No crees tú que rebuznó primero el P. Gualterio, autor del cuento, y despues el señor Leonardo de la Cuesta repitiéndolo? ¿Crees tú que semejante paparrucha pueda servir mas que para admiración de viejas y chiquillos? Pues de ese cuento y otros muchos parecidos, están llenos los libros llamados ascéticos.

Si yo creyera en la trasmigración de las almas, me atrevería á decir que el rebuznante burro que iba detrás del hereje calvinista, habría sido alguno de esos sochantres de voz sonora, robusta, y altisonante, que al pasar por junto al fúnebre convoy, quiso acompañar la salmodia de sus antiguos compañeros de oficio.

Camargo, en su *Epítome Historial*, folio 330, repite el cuento, añadiendo otros prodigios, pues dice que el burro iba dando brincos y rebuznos atroces, y que cuando le querían espantar se defendía dando ceces, y que despues dando un estallido y dejando un humo pestilente desapareció, quedando los presentes llenos de terror y estupor.

ROMERO.

VIDA Y OBRA DE MARTIN LUTERO.

Despues de algunos días de viaje durante los cuales vióse Lutero obligado á predicar en algunas poblaciones importantes, llegó á Worms el día 16 de abril de 1521. Tan grande era el número de las personas que aguardaban la llegada del fraile sajón, que fué necesario hacerle pasar por los jardines de las casas, no siendo posible romper las apiñadas filas del pueblo estacionado en las calles y plazas de la ciudad.

Carlos V convocó la dieta para el día siguiente 17 de abril, y el mariscal hereditario del imperio se presentó en la posada en donde Lutero se albergaba, y le citó para que compareciera delante de la Asamblea. ¡Qué momento tan solemne para el reformador! Delante de la puerta que debía conducirlo á la sala en donde todas las dignidades de la Iglesia y del imperio le aguardaban, se hallaba de pié el anciano general Jorge de Freunsberg, el mismo que cuatro años despues tanto se distinguió en la batalla de Pavía, y al ver pasar á Lutero se adelantó hacia él, púsole una mano sobre uno de sus hombros y le dijo: «Frailecillo, frailecillo, una empresa tan árdua acometes que ni yo ni otros capitanes la hemos acometido en los mas sangrientos combates.

Pero si tu causa es justa, marcha adelante, que Dios no te abandonará.»

La Asamblea, compuesta de un emperador, seis principes electores, 32 duques, 30 arzobispos ó obispos, siete embajadores y otras dignidades, presentaba un aspecto imponente capaz de intimidar á cualquiera que no se sintiese tan seguro de la justicia de su cau-

(1) Juan, I, 9; VIII, 12; IX, 5.

(2) Juan, IV, 1.

(3) 1.ª á Timoteo, III, 2; Tito, I, 6.

(1) Mateo, XVIII, 20; 1.ª á los Corintios, V, 4.

(2) Juan, V, 43.

(3) Hechos, XV.

sa como el fraile Martin Lutero. Sin embargo, al verse en presencia de tanto magnate y sobre todo en presencia del emperador en cuyos vastos dominios no se ponía nunca el sol, el humilde hijo del minero de Mansfeld, sintióse conmovido hasta el punto de que algunos de sus amigos, (que también los tenía en la Dieta) tuvieron que aproximarse á él para animarle con algunas de esas palabras de la Biblia que tanto consuelo y valor derraman en el alma de los atribulados.

Restablecida la calma, el canciller del arzobispo de Tréveris preguntó al reformador si retractaba el contenido de sus libros, cuyos títulos leyó en alta voz. Lutero pidió que se le concediera un día para reflexionar acerca de lo que se le pedía, no queriendo obrar en cuestión tan grave sin la debida premeditación. Carlos V concedió á Lutero el plazo que con tanto respeto y moderación había pedido, y un heraldo imperial le acompañó de nuevo á su posada. ¡Qué noche y qué día tan terribles para el pobre fraile Martin Lutero! La idea de que tenía que desobedecer á los soberanos y señores del mundo, le arredraba; pero mucho más le arredraba aun el pensamiento de retractar lo que creía en conciencia era la verdad. Las fuerzas que ya empezaban á abandonarlas las encontró en Dios y en la oración. «Dios eterno, decía, ¡qué terrible es el mundo! ¡Oh Dios, oh Dios, Dios mío! ¡asísteme contra toda la sabiduría del mundo! Hazlo, tú debes hacerlo, tú solo, porque no es obra mía, sino tuya. Nada tengo que hacer aquí, nada tengo que debatir con estos grandes del mundo. Yo también deseo pasar días felices y en paz; mas tuya es la causa y ella es justa y eterna. Señor, sé mi ayuda, ¡Dios fiel, Dios inmutable! no confío en ningún hombre, pues sería en vano, por cuanto todo lo que procede del hombre fallece. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿no oyes? ¡Estás muerto? ¡Dios mío! tú no puedes morir. Tú te ocultas solamente. Me elegiste para esta empresa, estoy cierto. Por consiguiente, obra, oh Dios, permanece á mi lado en nombre de tu Hijo muy amado Jesucristo, el cual es mi defensa, mi escudo y mi fortaleza.»

¡Qué angustias y qué oración!

Después de un momento de lucha y de silencio, Lutero prosiguió en sus súplicas: «¿Dónde estás Señor? ¿Dónde, Dios mío? Ven, ven que dispuesto me hallo. Estoy resignado á morir en defensa de tu verdad, manso como un cordero. La causa es justa y es tuya. Yo no me apartaré de tí ni ahora ni en la eternidad. Y aun cuando el mundo estuviese lleno de demonios; aunque mi cuerpo, obra de tus manos, debiera morder el polvo y yacer tendido en el suelo hecho pedazos y reducido á cenizas, mi alma te pertenece. Ella morará cerca de tí por toda la eternidad. Amen. ¡Oh Dios, asísteme! Amen.»

Terminada esta sublime oración en la que Lutero derramó su alma delante de Dios, se levantó tranquilo, hojeó sus escritos, leyó su Biblia, y puesta una mano sobre ella y la otra levantada hacia el cielo, juró ser fiel al Evangelio de Cristo y hacer pública profesión de su fe aun cuando tuviera que sellar con su muerte su confesión.

En la noche de aquel día por tantos conceptos memorable, á la pálida luz de las antorchas, presentóse de nuevo Lutero ante la Asamblea. Dos horas estuvo hablando en alemán para defender el contenido de sus libros; pero como el emperador no conocía muy bien la lengua maternal del reformador, algunos príncipes le suplicaron que repitiera su discurso en latín. Lutero lo hizo y se espresó en esta lengua que poseía con tanta perfección como la suya propia.

Apenas hubo cesado de hablar, el canciller de Tréveris lleno de indignación le preguntó que dijera clara y categóricamente si retractaba ó no el contenido de sus escritos. Entonces Lutero, sin titubear un solo instante, respondió: «Ya que Su Serenísima Majestad y sus Altezas exigen de mí una respuesta sencilla, clara y precisa, voy á darla, y es esta: Yo no puedo someter mi fe ni al Papa ni á los Concilios, porque es tan claro como la luz del día que ellos han caído muchas veces en el error. Por lo tanto, si no se me convence con testimonios bíblicos, ó con razones evidentes; si no se persuade mi conciencia, sujeta á la Palabra de Dios, no puedo ni quiero retractar nada, por no ser digno de un cristiano hablar contra su conciencia.» Y paseando una mirada serena sobre aquella Asamblea de cuyo fa-

llo dependía su vida, el reformador puesto de pie añadió: «Héme aquí; no puedo proceder de otro modo. ¡Qué Dios me ayude! Amen.»

No pronunció una palabra más.

(Se continuará.)

IDEAS SUELTAS.

¡Qué débil es el hombre!

Palmera espuesta á todos los vientos, todos los vientos la inclinan.

Es un sáuce que llora siempre.

El alma humana es un ángel caído, tiene las alas llenas de barro y no puede volar; solo vuela cuando se lava en la sangre de Aquel que murió por todos.

Yo he visto á unos hombres afanarse por las cosas de la vida, á otros despreciarlas; á todos los he visto llorar.

¡Qué hermosos son los niños! Son doblemente hermosos, primero porque son una vida que comienza y después porque son una inocencia que se abre.

Son un semillero de esperanzas; un ramillete atado con una cinta verde, con una rosa para cada día.

Aquellas flores se marchitarán luego; pero ¡ah! el perfume ya subió al cielo.

Los sueños de los niños deben parecerse mucho á los éxtasis de los ángeles.

Y luego las alas azules caen; el ángel ha muerto ya, el hombre empieza su destino y empieza su infierno.

Un amor de la vida ha muerto; las hojas de la corona caen: empieza el invierno.

No conozco mas que una paz, la de los cristianos; llevan un poco de cielo en un rincón del alma.

¿No os ha sucedido muchas veces pararos á contemplar en una de esas hermosas noches del estío, las estrellas del firmamento?

Yo me he parado algunas veces á contemplar las estrellas de las almas puras, y he visto que brillaban mas que las del cielo.

Soñemos con lo infinito. El infinito es el pan del alma. Yo no conozco otro sueño ni otro despertar que pueda acercarnos mas á Dios.

EL ARZOBISPO CARRANZA.

(Continuación.)

Una vez en Roma, asignósele por cárcel el castillo de Saint-Angelo, dándosele en él las mismas habitaciones que solían ocupar los Papas. Tenían estas vistas al Tíber y al campo, por lo que el ánimo del atribulado arzobispo pudo espaciarse ya un poco. Tuvo tres criados mas que en Valladolid, y el Papa por una delicadeza imposible en Felipe II, ordenó que nadie le hablase de su causa para no acongojarle con el recuerdo de ello. No comulgó ni dijo misa, pero se le permitió confesar y comulgar cuatro veces al año, lo que no se le había permitido en España.

El Pontífice nombró 16 consultores italianos y mandó traducir á la lengua del Dante el proceso, en lo que se gastó bastante tiempo. Por esta época el cabildo de Toledo se presentó á Su Santidad rogándole que favoreciese en lo posible á su arzobispo; que aquel arzobispado era uno de los primeros del mundo y que aunque no fuera mas que por dar consuelo á aquella iglesia él debía apresurar la causa de Carranza y devolverle de nuevo á su diócesis. El Papa oyó benignamente las súplicas del cabildo, y como viese que en ellas había sentimientos cristianos y miras levantadas, despachóle favorablemente prometiéndole hacer todo lo hacedero en la causa de su arzobispo.

Pero en medio de todo esto se echaron de menos en el proceso las obras y los manuscritos de Carranza, y fué preciso enviarlos á buscar á España. Aquí resplandecía de nuevo otra vez la mala fe y la perfidia del rey y de los inquisidores.

Traducido el proceso procedióse con vigor á la prosecución de la causa. El fiscal pidió que no tuviese lugar ninguna conferencia entre los consultores sin la asistencia del Papa, y esto como puede comprenderse, dilató mas la conclusión del asunto porque el Papa no siempre podía asistir y había que suspender un día y otro día las conferencias anunciadas. El fiscal también recusó á fray Tomás Manrique, maestro del santo palacio, por amigo de Carranza, y nombrado el doctor Toledo, le recusó también por amigo de un amigo del arzobispo.

En esto murió el gobernador interino del arzobispado de Toledo, y esto dió de nuevo motivo al cabildo para que hiciese nuevas súplicas en favor de Carranza. El Papa le contestó benévolamente diciendo que la causa adelantaba y que se hacía todo lo posible para que se concluyese pronto. Decía que sus muchas ocupaciones impedían que se hubiese dado ya sentencia, pero añadía: «Sin embargo, esperamos que se acabe pronto porque la causa se halla ya en tal estado que parece imposible tarde mucho su decisión, la cual celebraremos eficazmente que se verifique cuanto antes como lo hemos procurado hasta ahora.»

En el proceso se notaron graves faltas; muchas hojas de él arrancadas y sustraídas, falta de ciertos documentos, y cierto espíritu en los escritos de querer condenar al arzobispo y de querer confundir la verdad. La mano inquisitorial se echaba de ver allí en lo que había y en lo que faltaba. El Papa envió á Felipe II un mensajero, á Juan de Bedoya, con un breve librado en 11 de febrero de 1570. ¿Qué le dijo Bedoya al rey? No se sabe. Lo cierto es que el rey mandó buscar muchos papeles sustraídos para enviárselos á Su Santidad. Faltaban muchas declaraciones favorables al arzobispo citadas en otros documentos. El odio había cegado á los enemigos del arzobispo hasta el punto de no reparar en esta circunstancia.

La causa hubiera concluido en aquel mismo año, pero ocurrió entonces un suceso que detuvo su solución. Pío V, autor y creador de la liga contra el turco necesitaba entonces mas que nunca del católico Felipe II. El cardenal Alejandrino, sobrino de Pío V, vino á España á tratar sobre esto y lo seguro es, aunque no conste, que debió hablar al rey del estado de la causa. Entonces tuvo lugar aquella magnífica batalla de Lepanto que salvó á la cristiandad y á la civilización de una nueva irrupción de bárbaros.

Pasado esto, el Papa preparó sentencia definitiva y se preparó á publicarla por fin. En ella se declaraba no hallarse probada la acusación fiscal, en cuanto acusaba al arzobispo del crimen de herejía. Se disponía que el catecismo, objeto de tantas censuras, fuese puesto en latín y aclaradas sus proposiciones en sentido católico, y que las obras inéditas no se pudieran imprimir y publicar sino con las correcciones y adiciones necesarias, para que cesasen los peligros de ser entendidos en el sentido reprobado por los censores.

Pío V envió esta sentencia á Felipe II, creyendo que quedaría satisfecho de ella, pero se equivocó. El rey creyó que su honor y el del Santo Oficio quedaban perdidos si Carranza era absuelto. Escribió el rey á Pío V, diciéndole que parecía imposible que hubiese tantos errores luteranos en los libros y obras del arzobispo, sin haber habido intención y creencia de ellos en el autor. Le rogó que dejara á un lado aquella sentencia y no pronunciase otra hasta que volviese á Roma el mismo que se lo había traído, Alejandro Casali. Añadió que este llevaría documentos y papeles tan importantes, que no dejarían dudas sobre este asunto.

(Se concluirá.)

NOTICIAS VARIAS.

En una carta de Zaragoza que tenemos á la vista, se nos dice que el pastor de la iglesia cristiana española ha celebrado siete cultos en otros tantos días que han

durado las fiestas del Pilar. En los cinco primeros la afluencia fué tan considerable que casi se sofocaban dentro del local, y en los dos últimos no bajaria de 900 el número de los que escucharon cada día la Palabra de Dios.

A pesar de que muchos de los asistentes eran forasteros y no habían presenciado nunca un culto evangélico, fué tanta la impresion que en ellos produjo la sencillez del culto y la pureza de la doctrina cristiana, que con la mayor compostura y recogimiento escucharon desde el principio hasta el fin. No ha sucedido otro tanto en las iglesias del Pilar y otras católicas, en donde parece que algunos católicos promovieron un ruido espantoso. Otros no se descubrian ni se arrodillaban cuando pasaba la virgen de plata, á la que tanto respeto tuvieron un día.

«No se comprende, dice la carta, que un anciano como el señor Eximeno haga solo tanta guerra á la religion romana;» pero es porque ese anciano no se sirve de mas armas que de la Palabra de Dios, al paso que sus adversarios emplean las del insulto, la calumnia y otras del mismo jaez. ¿Green por ventura los romanos que anunciando desde el púlpito tonterías como la que los protestantes sangran á los niños que se presentan al bautismo, obligando á la madrina á beber la sangre, pueden causar el efecto que producen palabras como estas: «Dios ha amado tanto al mundo que ha dado á su Hijo unigénito para que el que en Él crea no se pierda sino que tenga vida eterna.» «Venid á mí los que estais trabajados y cargados que yo os haré descansar.» «El justo vivirá por la fé?» Estas son las palabras de la eterna sabiduría; estas son las que encuentran el camino que vá recto al corazón; estas son las que consuelan en esta vida y aseguran para el que acepta de corazón las verdades que ellas espresan, la posesion de la eterna felicidad.

La existencia á los cultos que se celebraban en Camuñas ha aumentado considerablemente con la terminacion de las faenas del campo, á las que se entregan la mayor parte de los habitantes. El señor Astray trabaja siempre con la misma perseverancia sin que le detengan las contrariedades que en su mision se encuentran, ni las dificultades que algunos fanáticos le suscitan. Ahora se encuentran ó van á encontrarse nuestros amigos sin el local donde celebraban sus cultos, porque Don Luis Villaseñor, que tan generosamente había puesto á su disposicion uno magnífico en su propia casa, lo necesitará en breve para otros usos. Y esto acontece á la entrada del invierno, precisamente cuando los cultos están mas concurridos.

Creemos que el Comité de la Union evangélica autorizará al señor Astray para que alquile una buena casa en Camuñas y haga las reparaciones necesarias hasta dejarla en estado de contener á las muchas personas que desean escuchar la predicacion del Evangelio.

Durante la permanencia del rey Don Amadeo en Zaragoza, fué á visitarle una comision de la iglesia cristiana española, para suplicarle que, si se dignaba dejar en la poblacion algunas limosnas para sus pobres habitantes, no echase en olvido á los protestantes, que por serlo no dejan de ser zaragozanos. El rey recibió con toda amabilidad á nuestro buen amigo el pastor Sr. Eximeno y á los dos ancianos de la iglesia que le acompañaban, y accedió á todos sus deseos.

Uno de los dos cantones en que está dividido el antiguo de Basilea, era hace algunos años uno de los mas atrasados de la confederacion. Dedicado á la agricultura, sin comercio y con escasas condiciones, de desarrollo, ha llegado á ser sin embargo uno de los primeros cantones por el progreso de la instruccion pública. El proyecto de ley que acaba de publicar Mr. Frey, director de instruccion pública, es un testimonio mas de lo que venimos diciendo. Segun dicho proyecto, todo maestro de instruccion primaria percibe un sueldo de 1.000 francos en dinero, sin contar una cómoda y espaciosa vivienda, una cantidad considerable de leña, y una porcion de tierra que el maestro puede cultivar.

La leña se la deben llevar hasta la puerta de la casa que sirve de escuela. Cada 10 años el maestro recibe una gratificacion de 50 francos, y al cabo de 15 años un nuevo sueldo. En caso de enfermedad que requiera en la escuela la presencia de un sustituto, el maestro enfermo continuará recibiendo su sueldo y el sustituto será pagado con los fondos de la escuela.

Tales en sustancia el nuevo proyecto sobre instruccion primaria, publicado por Mr. Frey. Tal es la importancia que en Basilea se dá al maestro de escuela. ¿Qué extraño es que el canton progrese intelectual y materialmente? El día que en España se considere el magisterio como un sacerdocio, y se pague al maestro antes que al cura y al soldado, tambien progresaremos nosotros. Mientras que el maestro sea el pária de la sociedad española, y la pura doctrina del Cristo el privilegio de un puñado de hombres nada mas, desengañense nuestros políticos, España consumirá sus fuerzas en luchas estériles tan distantes de la verdadera vida, como el Oriente lo está del Occidente.

Hoy miércoles, á las ocho en punto de la noche, se reunirán en oracion todas las congregaciones en la capilla de la plaza del Limon, y el miércoles 8, á la misma hora y con el mismos objeto, en la iglesia cristiana española del Redentor, sita en la calle de la Madera Baja.

El pastor Sr. Orejon, encargado de formar iglesia en el local de la plaza del Limon, espera que con la ayuda del Señor podrá establecer su iglesia definitivamente con su cuerpo de ancianos y diáconos para enero del próximo año, en que dará por primera vez la comunión á sus feligreses. No dudamos que el Sr. Orejon trabajará con fé y energía como hasta aquí, hasta ver realizada su obra, ó mejor dicho, la obra del Señor. Sabemos que lo apartado del local no permitirá una congregacion numerosa; pero no olvide que las iglesias no las constituye el número, sino la fé que anima á sus miembros.

Tambien tenemos las mas lisonjeras noticias del culto familiar que celebra en la calle de Velarde. Este culto podemos decir ha sido y es un semillero cuyas plantas se trasladan despues á la iglesia del Limon. A este culto familiar acuden personas de casi todas las capillas de Madrid. El Sr. Orejon que comprende la importancia de este culto, y los buenos resultados que ha dado desde su instalacion, procurará que en lo sucesivo siga siendo un medio para que muchos vengán al conocimiento de la verdad. Esperamos que darán un feliz resultado las conferencias que ha principiado, cuyo objeto es presentar la diferencia que existe entre la Iglesia cristiana y la Iglesia romana, espomendo la doctrina evangélica en toda su pureza.

Un despacho telegráfico de Rio-Janeiro, dice que en el momento de votarse en el Senado la ley sobre la abolicion de la esclavitud, el pueblo que ocupaba las tribunas arrojó flores y coronas á los senadores. El cuerpo diplomático felicitó al Regente del Reino que sancionó la ley.

¿Cuándo desaparecerá en España esa gran iniquidad social?

El pastor de la iglesia cristiana española de Zaragoza, Sr. Eximeno, ha recibido aviso para que en el término de tres dias pague la contribucion que le ha cabido en el repartimiento municipal. Ahora bien, como el Sr. Eximeno no posee bienes de ningun género mas que los espirituales, la contribucion debe ser por la capilla evangélica, que sin duda el Ayuntamiento de Zaragoza considera como una industria cualquiera. Pues conste que el Sr. Eximeno no recibe un céntimo de ninguno de sus feligreses por ninguna de sus funciones pastorales. Si el Sr. Eximeno imitara la conducta de los sacerdotes romanos que bautizan por el dinero, casan por el dinero, entierran por el dinero, cantan responsos por el dinero y celebran misas por el dinero, nada tendríamos que decir sobre la contribucion á que aludimos; pero haciéndolo todo sin exigir la mas

pequeña cantidad á sus feligreses, á quienes predica doctrinas saludables ó inculca sábias máximas morales, es cosa que nos parece inesplicable, y sobre inesplicable injusta.

Desearíamos que algun periódico de Zaragoza nos dijera si igual contribucion se ha impuesto á los curas romanos.

Se ha abierto en Inglaterra una suscripcion, cuyo producto se destina á la construccion de un iglesia anglicana en un punto céntrico de Roma. Tambien se habla de una catedral protestante que los cristianos de los Estados-Unidos piensan levantar en uno de los mejores distritos de Roma. Parece que el terreno ha sido ya comprado por una compañía americana.

En el trascurso de un año se han vendido en España 18.162 Biblias y 10.556 Nuevos Testamentos. Se han vendido ó distribuido ademas 53.849 Evangelios. Quiera el Señor ahora bendecir la lectura de su Santa Palabra, para que sean muchos los que vengán á Jesucristo el Redentor de los hombres pidiéndole la vida eterna que solo Él puede dar á los que en Él se confían.

Hemos tenido el gusto de saludar en Madrid al doctor M'Gill, secretario de un comité escocés, que sostiene las obras evangélicas de Cádiz y de Jerez. El doctor M'Gill ha asistido al sínodo recientemente celebrado en Mazamet (Francia) como representante de la iglesia presbiteriana unida de Inglaterra y Escocia, y antes de volver á su patria ha querido visitar algunas de las iglesias evangélicas de España. Dios le acompañe en su viaje y le vuelva con toda felicidad al lado de los suyos, para que prosiga en su obra de evangelizacion.

Con verdadera satisfaccion hemos sabido que el día 8 del pasado mes de octubre, se inauguró en Jerez una nueva capilla evangélica, que lleva el nombre de iglesia del Salvador. El pastor señor Ben-Oliel, de Cádiz, celebró el culto de la mañana, y el señor Viliesid el de la noche. El local, que puede contener 300 á 400 personas, estaba completamete lleno.

Y lo que mas placer nos ha causado, es saber que todos los gastos del mobiliario han sido hechos por los cristianos evangélicos de Jerez, lo que prueba que se toman interés por la difusion del Evangelio en su ciudad.

Bendiga el Señor esta nueva obra, para la gloria de su nombre y la salvacion de muchos.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripcion es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

Puntos de suscripcion.

En Madrid.....	{ Soldado, 7, segundo. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	{ Calle de San Jorge, cochera Asco- bareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Plaza del Rey, 18.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.
En Santander..	Librería de D. Manuel M. Ramos.

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.